

¿Hemos avanzado tanto? Advertencias frente a nuestros olvidos cotidianos

Sandra Vera Gajardo

Profesora Escuela de Sociología

Universidad Católica del Maule

Si pensamos en los cambios sociales en los últimos dos siglos en materia de relaciones entre hombres y mujeres, probablemente constatemos avances inmensos e indesmentibles. Sin embargo, como todo análisis del conflicto y cambio social, vale la pena revisitar algunos hechos y pensarlos a la luz de la profundidad –y honestidad– de los contenidos discursivos que hemos incorporado de aquello.

Nunca está de más recordar que cualquier derecho actual se ganó en batallas de larga data que tuvieron obstáculos, hitos, retrocesos y personas implicadas en su lucha. Teniendo en cuenta que la historia sobre avances de los derechos de las mujeres son selecciones con las que damos cuenta de reivindicaciones –algunas más contadas que otras– tendemos a destacar el derecho al voto y el derecho a la educación superior. En ambos casos, efectivamente, se trató de reconocer que un derecho formal –de acceso a un espacio que entendido hasta este entonces solo para ser ocupado por hombres– debía ir ligado a trasfondos que auguraran un modo transformador de entender la cultura y la sociedad en su conjunto. En el caso del voto, el movimiento sufragista hizo notar que los llamados “derechos del hombre”, no se referían a todo el género humano, sino que exclusivamente a las personas de sexo masculino. Aquello puso en duda el supuesto “universalismo” de los valores de la Ilustración y sospechó de toda la noción de derechos que de ahí emanaba. Así también, la conquista del acceso de mujeres a la educación superior también contenía un trasfondo que cuestionaba los esencialismos entre los roles femeninos y las distinciones asimétrica entre los espacios públicos y privados.

Sin embargo, este tipo de luchas por entrar a espacios ciudadanos no acababa al lograr acceder formalmente a ellos. Hubo batallas culturales de resignificación de los espacios que podemos hoy declarar aún irresolutas a pesar de los avances formales. Suele ocurrir, además, que estas tienen tiempos más lentos e implican un proceso de construcción e incorporación de significados sobre las relaciones humanas –específicamente en y entre hombres y mujeres– que no gozan aún de valoración

por muchos sectores de la sociedad. Son muchas y diversas las consecuencias actuales sobre las percepciones predominantes –y discriminadoras– que ha existido en base a la desigualdad de género. Solo por mencionar una situación cotidiana, seguimos naturalizando que las mujeres sean visibles en cuanto figuras hiper sexualizadas, pero invisibles en otros espacios públicos como la política y determinados trabajos. La historia de nuestro país nos ha demostrado en múltiples situaciones que hay grandes contradicciones entre la promoción y difusión de derechos frente a las prácticas reales, como por ejemplo lo fue el hecho de que Gabriela Mistral haya obtenido el primer Premio Nobel para un país de Latinoamérica sin haber tenido aún derecho a voto en Chile.

El acceso a lugares antes negados, no necesariamente se ha traducido en que las mujeres habiten esos espacios en condiciones de igualdad.

Hay discusiones que hoy nos podrían parecer fuera de lugar por superadas, como por ejemplo la pregunta sobre si las mujeres deben trabajar asalariadamente o no. Sin embargo, si revisamos los argumentos que tuvo esta discusión hace más de un siglo atrás, podemos encontrar preguntas que no han sido zanjadas del todo. Algunos de estas son: ¿en qué cosas podría trabajar una mujer? ¿Debe recibir un salario parecido al del hombre? ¿Qué consecuencias tendría esto? Y si las mujeres salen de la casa ¿quién se hace cargo de las labores domésticas? ¿Pueden los hombres suplir espacios femeninos en el espacio doméstico? O ¿sería mejor y más confiable contratar a otras mujeres que reemplacen a la mujer que “salió” a trabajar? Resulta importante recordar que incluso en luchas con ideales que se basan en reivindicaciones libertarias, como por ejemplo contra la explotación de clase, pareciera que el *trabajo reproductivo* y la *economía de los cuidados* es un ámbito que suele dejarse intacto para la discusión sobre la libertad.

Las Universidades probablemente conviven también con esta ambivalencia interna. Si bien ha sido una tendencia ascendente la entrada de mujeres, y superado en gran medida el ocupar la Universidad con mínimos de dignidad que no tuvieron las primeras estudiantes universitarias¹⁷, sigue siendo pertinente y responsable preguntarnos sobre las barreras que permanecen. Es decir, ¿cómo explicamos que ciertas mujeres elijan unas carreras por sobre otras?, u otras situaciones graves que generan sensibilidad de manera muy reciente como son los casos de acoso y abusos que han

¹⁷ Como el caso de Eloísa Díaz quien ingresó a estudiar medicina en 1889, pero solo pudo hacerlo acompañada de un chaperón, sin ver cuerpos desnudos en clase de anatomía por lo que quedaba en clases tras un biombo. Ver en María Elena Acuña, "Mujeres y educación superior: cartografías de un tránsito", en *Equidad en la educación superior. Desafíos y proyecciones en la experiencia comparada*, ed. Claudia Zuñiga et al., 2016, 153-170.

provocado deserciones de estudiantes y trabajadoras que hemos pasado por alto con una indiferencia inconsciente e inaceptable.

En base a aquello, creo que los desfases entre los tiempos cronológicos y los cambios culturales no debieran solo ser una constatación con la cual conformarnos. Hay otra distancia que puede ser más peligrosa en la interpretación social supuestamente compartida de la equidad de género y sus avances. Las problematizaciones al respecto, puestas en su mayoría por el feminismo, no solo lograron poner temas en la agenda de lo relevante socialmente hablando; sino que también obligan a ver que los problemas históricos no se acaban por ser más visibles que antes. Lo importante fue, y sigue siendo, dotar de contenido estas luchas y reconociendo lo que el tiempo nos ha demostrado: los problemas asociados a la desigualdad de género pueden entrar, pero también salir de las arenas que definen lo relevante y lo urgente. Esto implica que hay asuntos que quedan fuera y, por lo tanto, personas que siguen quedando fuera. Experiencias que nos demuestran esta dinámica inconclusa son muchas: por ejemplo lo que –ahora– podemos nombrar como “acoso callejero” que genera desigualdades en la ocupación del espacio público, también la permanencia de estereotipos excluyentes que definen los cuerpos que deberían ser deseables o, al contrario, rechazados y las consecuencias generadas a partir de ellos¹⁸; las posibilidades de que los varones disientan de un patrón hegemónico de masculinidad del que obtienen mayoritariamente ventajas, pero sobre el que no hay un acuerdo, los vínculos naturalizados en torno a cómo se han construido las relaciones de pareja y que muchas tácitamente se sostienen sobre la violencia y el abusos. Estos son solo algunos casos –traducidos en experiencias cotidianas– que deberían recordarnos que emitir discursos generales no basta ¿Podría bastarnos con repetir reiteradamente un mensaje para constatar que hay un gran acuerdo social en términos de equidad de género? Creo que no. El problema de sentenciar acuerdos sin que estos se vuelvan a conversar en su profundidad es que las demandas de cambio se asuman sin la densidad interpretativa que le amerita. Incluso aquello puede propiciar que las cosas no cambien en lo sustantivo (sino solo en formas que se esfuman sin haber logrado transformarse en las experiencias que vivimos día a día). Una forma de llenar de densidad estos mensajes, es construir

¹⁸ La ONU ha establecido que un 60% de las niñas está tan preocupada de su apariencia que no participa en actividades importantes de la vida cotidiana. Para mayor información, véase: *El Mostrador* (2017, 26 de mayo). "ONU Mujeres lanzó segunda versión de programa para incrementar autoestima y empoderar a niñas y adolescentes chilenas", *El Mostrador*. Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/braga/2017/05/26/onu-mujeres-lanzo-segunda-version-de-programa-para-incrementar-autoestima-y-empoderar-a-ninas-y-adolescentes-chilenas/>.

espacios de encuentro, asumiendo que el debate democrático siempre está inacabado y se ocupa con personas que conversan y dialogan. Algo que por ser tan obvio es sistemáticamente olvidado.